

Introducción

Con el Papa franciscano Sixto V subió a la silla de San Pedro un personaje genial, en todos conceptos extraordinario; el cual produjo un efecto tan fascinador en sus contemporáneos, que se atribuyeron a este Papa muchos méritos que en realidad pertenecieron más a su predecesor Gregorio XIII. Si la moderna investigación histórica ha dado a cada cual lo suyo en este respecto, con esto en nada perjudica a las excelsas cualidades de Sixto V.

Aunque el genio, muchas ideas y con frecuencia el modo de obrar del nuevo Papa fueron diferentes de los de su predecesor, sin embargo estaban para él igualmente en primer término la reforma de la vida eclesiástica y el restablecimiento de la unidad religiosa del mundo cristiano. Conforme a esto, señalase también este pontificado por el gran carácter unitario de la política de la Santa Sede, que produjo a la Iglesia los más notables resultados.

Nueva y singular fué la actitud de Sixto V respecto de la gran crisis tan importante para el porvenir de Europa, por la que había de pasar Francia. El Papa, salido de las clases más sencillas de la sociedad, dió en ello una gran prueba de su prudente sentido de estadista con su cuidado de mantener el equilibrio político entre las potencias católicas, cuya importancia para su posición de cabeza suprema de la Iglesia y de soberano italiano conoció claramente.

Dos fines tuvo ante los ojos Sixto V desde el principio para resolver la cuestión de las guerras civiles francesas: la salvación de la fe católica gravemente amenazada por el calvinismo y la conservación de Francia como poderoso Estado independiente. La consecución del primer fin había de estar tanto más en primer término en la cabeza suprema de la Iglesia, cuanto según la persuasión de todos los contemporáneos una victoria de los hugonotes en Francia hubiese equivalido al triunfo del protestantismo en toda Europa.

Para alejar semejante catástrofe hubiera tenido que sacrificarse en caso extremo hasta la independencia de Francia; con todo, el Papa puso todos los medios para impedirlo mientras fuese posible. De ahí su enconada lucha con los españoles (1). Si Sixto V hubiese puesto a disposición del rey de España todo su apoyo moral y sus medios económicos, Enrique de Navarra hubiera seguramente sucumbido. Lo que habría significado la dominación de Francia por España, que con esto mediata o inmediatamente sobreviniera, conoció Sixto V con toda claridad. Como los franceses no hubieran soportado a la larga la dominación de un extranjero (2), su país en este caso había de ser presa de inmensas turbulencias y desaparecer como gran potencia. Pero el influjo de España hubiese aumentado entonces de tal manera, que ya no podrían mantenerse en pie la independencia de la Santa Sede y la libertad de la Iglesia.

La actitud dilatoria y mudable de Sixto V respecto de las guerras civiles francesas, que a tantos contemporáneos fué enteramente incomprensible (3), se apoyaba principalmente en el natural y justificado conato mantenido por todos los grandes Papas, de precaver el peligro de un cesaropapismo mediante el equilibrio de fuerzas opuestas en Europa, y con esto guardar para la Iglesia y la Santa Sede aquella libertad e independencia de que no podían carecer

(1) V. Hübner, II, 377 s., cuya mirada retrospectiva es el fundamento de las explicaciones del texto.

(2) Cf. el juicio del autor de la Relación florentina en Bratli, Filip of Spanien, Copenhague, 1909, 200 s.

(3) Sobre las quejas de los representantes de Felipe II, de que Sixto V siempre se regía por el curso de los acontecimientos, hace observar Hübner, que sólo en tanto eran verdaderas, en cuanto que los progresos de Enrique IV y su partido, que constantemente iba creciendo, ejercían notable influjo en los católicos. El Papa obraba como el táctico, «que hace depender sus operaciones de las del adversario, que cambia su orden de batalla, hace marchas y contramarchas, adelanta o retrocede, según las necesidades del momento; pero que siempre pretende el mismo fin: la victoria sobre el enemigo, y aquí son el enemigo la herejía y la ambición española. Por esto Sixto procura desligar los lazos que le unen a España, pues Francia, no duda por más tiempo de ello, saldrá de la crisis como Estado católico e independiente». De un modo semejante al de Hübner juzgan Herre (407 s.) y Balzani (Sixto V, p. 63 s.). También Ranke, por más que su exposición, apoyada en un insuficiente conocimiento de los documentos diplomáticos, sea incompleta y en parte conduzca al error, dice, con todo, que sería injusto tachar a Sixto V de irresoluto y vacilante: «él reconoció el estado de las cosas; vió peligros en ambas partes; dió lugar a excitaciones opuestas: no había motivo que le forzase a una decisión final» (Los Papas, II⁸, 143). Cf. además todavía las excelentes explicaciones de Ehse, Relaciones de nunciatura II, LX.

para el cumplimiento de su alto destino. Por eso quería Sixto V una Francia no solamente católica, sino también independiente, que se hallase en disposición de formar un contrapeso al poderoso Imperio del rey de España, cuya ulterior extensión, como en otro tiempo el poder de los Hohenstaufen, amenazaba estrechar y ahogar con brazos de hierro el papado (1). Si Felipe II era ilimitado soberano no solamente de la parte sur, sino también de la del este del continente europeo, ¡cuán fácilmente hubiese podido trasladar la Santa Sede a Toledo o transformar a Roma misma en un Aviñón español!

El peligro de un cesaropapismo español mostrábase tanto más inminente, cuanto Felipe II se tenía por llamado, no sólo para prestar a la Iglesia el amparo de su brazo secular, sino también para velar y ejercer tutela sobre ella. Sixto V era testigo de cómo la solicitud tan celosa como egoística del rey de España por los negocios católicos le conducían constantemente a numerosas intrusiones en el terreno puramente eclesiástico. El justificado disgusto con que por eso veía al monarca español presentarse con ostentación como protector de la Iglesia, le confirmaba en su resistencia a que se sacase provecho de las turbulencias de Francia en favor de una dilatación del poder de España. Oponiéndose Sixto V varonilmente a los vastos planes de Felipe II, tuvo a raya las tendencias regalistas de éste, preservó a Francia de graves luchas, aseguró la posición de la Iglesia católica en este país y puso un contrapeso en suelo católico a la prepotencia de España. Así fué el salvador no sólo de la independencia de Francia, sino también de la libertad e independencia del papado.

Pero con esto no está dicho todo en modo alguno acerca de la importancia del pontificado de Sixto V. Donde pudo, especialmente en Alemania, los Países Bajos, en Suiza y en Polonia, hizo continuar la obra de la reforma y restauración católica, procurando salvar lo que era posible todavía salvar, y esforzándose por recobrar el terreno perdido. También fomentó las misiones de fuera de Europa. Con exacto conocimiento de la importancia de la ciencia en la lucha contra la herejía hizo cuanto pudo por poner a disposición de los paladines de la antigua Iglesia las necesarias armas intelectuales. Dan de ello testimonio aún hoy día la Biblioteca Vaticana por él brillantemente renovada y asegurada y la imprenta allí establecida.

(1) V. Segesser, III, 2, 79 s. V. también Philippon en lo Hist. Zeitchr. XXXIX, 440 s. y Herre en la Hist. Vierteljahrschr., 1908, 388, acerca de Sixto V como principal defensor del principio del equilibrio.

Como reorganizador eclesiástico, Sixto V, a semejanza de San Gregorio VII, en su programa de reforma puso sobre todo una estrecha unión de toda la Iglesia con Roma (1). Como era hombre enérgico que iba directamente a su fin, y extraordinariamente práctico, ya al principio de su gobierno inculcó de nuevo el uso caído en olvido, de que todos los obispos, en regulares espacios de tiempo, hubiesen de darle cuenta del cumplimiento de todas sus obligaciones pastorales y del estado de las diócesis que les estaban sujetas. Pero todavía mayor importancia para la penetración de la reforma y restauración católica fué el haber dado al gobierno central de la Iglesia para muchos siglos su forma duradera. El mismo exacto conocimiento de las exigencias del porvenir que manifestó en su actitud respecto de la crisis de Francia, guióle también aquí. Para salir con victoria de la lucha contra la herejía y afianzar la obra reformatoria del concilio de Trento, era necesaria una reorganización de la administración eclesiástica que facilitase un despacho lo más sistemático, rápido e imparcial posible de los negocios que de todo el mundo afluían a Roma. Con aquella perspicacia que es propia de los soberanos de talento, conoció que servían mucho mejor a este fin las Congregaciones cardenalcias, que el tratar los negocios, como se había hecho hasta entonces, en las asambleas plenarias del Sacro Colegio, los consistorios. En el perfeccionamiento y afirmación de lo relativo a las Congregaciones se ha acreditado Sixto de incomparable organizador. Este nuevo ordenamiento, que se ha conservado hasta el tiempo presente, ha dado a la Iglesia una unión y centralización que ha completado muy felizmente la actividad de los nuncios pontificios, así como la de las fuerzas de combate procedentes de las Órdenes religiosas, y ha afianzado y robustecido la unidad y autoridad de la antigua Iglesia (2).

De esta manera continúa viviendo Sixto V en la historia como uno de los hombres más importantes que ha ceñido la triple corona; siendo como era un personaje extraordinario de carácter estrictamente unitario, mostróse genial y grande en todas sus empresas lo mismo que en sus vastísimos planes. Uniendo con rara fuerza de voluntad y gran intrepidez una clara mirada y una inteligencia sumamente práctica, durante su pontificado, que no duró mucho más de cinco años, prestó más servicios a la Iglesia, con asombro

(1) V. Schmidlin, *Kirchl. Zustände*, XIX. Cf. Segesser, III, 1, 283.

(2) Cf. Balzani, *Sisto V*, p. 52 s.

de sus contemporáneos, que muchos de sus predecesores, a quienes fué concedido un reinado mucho más largo.

También en la Ciudad Eterna ningún Papa de los tiempos modernos ha dejado tantas huellas de su actividad, como Sixto V. Lo que había sido Julio II para la Roma del tiempo del Renacimiento, lo fué él para el período de la restauración católica (1). Todavía hoy predicán su fama las salas magníficas de la Biblioteca Vaticana, los palacios para la residencia de los sucesores de San Pedro, los acueductos, los nuevos trazados de calles, los obeliscos adornados con la señal de la cruz, las estatuas de los Príncipes de los Apóstoles sobre las columnas de Trajano y Marco Aurelio, y la cúpula de San Pedro, cuya terminación aceleró grandemente.

Historiadores de las más diversas direcciones están concordes en que Sixto V es uno de los Papas más notables de los muchos importantes que produjo la época de la reforma y restauración católica (2). Púedese bien decir que la posteridad ha detentado injustamente el nombre de Grande a este Papa, que en tiempos sumamente difíciles, lleno de confianza en Dios (3) dirigió la navecilla de Pedro con la energía y prudencia de los antiguos romanos.

(1) V. Gregorovio, *Los sepulcros de los Papas*², Leipzig, 1881, 149.

(2) Recientemente Herre ha hecho resaltar esto con mucha decisión (*Elecciones de papa*, 21, 365 s.). Ya mucho antes juzgó Döllinger en su continuación de la *Historia eclesiástica* de Hortig (III, 2, 728), que Sixto V pertenece al número de los mayores gobernantes de todos los tiempos. Reumont (III, 2, 591) escribía en 1870, que los tres últimos siglos no habían de mostrar un Papa de mayor importancia. Hase (*Historia eclesiástica sobre la base de lecciones académicas*, III, 1, 375) elogia a Sixto V como al «héroe del renovado papado». Ehse (*Relaciones de nunciatura*, II, LIX) le designa como a un Papa que en espíritu soberano y energía se iguala con los mayores hombres de la historia.

(3) Cf. las *alocuciones de los consistorios de 31 de julio y 25 de octubre de 1589, en las *Acta consist.*, Cod. Barb., XXXVI, 5, *Biblioteca Vatic.*